



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Sociedad

Un negocio de muerte

Héctor Gil Rodríguez



DIPLOMA 2020

Un negocio de muerte

Héctor Gil Rodríguez

Un negocio de muerte

Héctor Gil Rodríguez

«No voy a salir de aquí en la vida», pensó.

Llevaba tantas horas metido en esa habitación que había llegado a perder la noción del tiempo. No le resultaba descabellado pensar que, tras tan largo rato en un lugar como ese, una persona pudiese olvidar su propio nombre y qué hacía allí. De hecho, creía que era bastante sencillo. Por un segundo, se asustó ante la mera idea de no saber su identidad. Pero no, Óscar sabía perfectamente quién era. Abogado administrativo, treinta y siete años, casado. Había acompañado nuevamente a su mujer a un velatorio, muy a su pesar. Los tanatorios producían en Óscar un terrible y profundo desasosiego. Quizás fuera por ese olor permanente a naftalina que impregnaba el aire y se mezclaba con el penetrante aroma de los inciensos y perfumes. O quizás fuera por el sollozo continuo y lastimero que se repetía en todas las habitaciones. O esas conversaciones banales, esos pésames ligeros, esos recuerdos que los seres humanos insisten en desenterrar una vez alguien se ha muerto, con el único fin de recordar con melancolía y dolor. Esos nimios intentos de vencer al silencio cuando nadie sabe bien qué decir.

Todos los tanatorios eran iguales. Óscar no sabía realmente qué era lo que más le desagradaba del lugar. Nunca habían sido de su predilección. «¿Y de quién sí?», pensó. Había que estar enfermo para disfrutar de un lugar como aquel. Sin embargo, a Óscar le causaba un rechazo categórico, mucho mayor al que comprensiblemente pudieran tener los demás. Recordaba haberse sentido así desde que tenía uso de razón, pero su desprecio había aumentado notablemente tras la muerte de su padre.

Tampoco ayudaba que comenzara a acercarse a esa edad donde parecía que acudir a velatorios pasaba de ser una excepcionalidad a convertirse en un hábito. No quería imaginar cómo sería dentro de tres o cuatro décadas, cuando todos sus conocidos y allegados envejecieran.

Decidió apartar ese último pensamiento de su mente y se acercó a Lucía. Llevaba horas de pie llorando ante el difunto. En realidad, Óscar no sabía de quién se trataba, pero a juzgar por el llanto desconsolado de ella y el temblor inquieto de sus brazos, debía tratarse de alguien cercano. Le extrañaba que él no lo conociese, pero le pareció una falta de respeto preguntar en ese momento. Disimuladamente, trató de identificar la cara del muerto por encima del tumulto de cabezas que se congregaban en torno al cristal que separaba el féretro de la sala. La primera vez apenas logró ver el contorno de madera rojiza del ataúd abierto. Todos los visitantes se encontraban en ese momento en el centro de la habitación manteniendo distintas conversaciones. A Óscar le parecían todas mundanas, pero no quiso interrumpir ninguna. Intentó buscar otra posición desde la que poder contemplar sin obstáculos. Fue en ese instante, que se percató de un detalle. Entre todas las personas que se hallaban en la habitación, una permanecía apartada cerca de la puerta de entrada. Era un hombre alto y desgarrado, muy flaco, que vestía enteramente de negro. A Óscar le causó incomodidad la indiferencia con la que el señor de negro contemplaba la escena a través de unos ojos vidriosos y oscuros. Le parecía que su presencia no encajaba. Era la misma sensación que se tiene cuando se escucha la nota discordante de la cuerda desafinada de una guitarra o cuando una puerta no cierra con facilidad en verano. Una pieza del rompecabezas que no se acoplaba a las demás. El hombre le sonrió ligeramente y Óscar desvió la mirada.

Para cuando Óscar hubo intentado ver quién era el fallecido por segunda vez, el hombre había abandonado la sala. Tras intentarlo una tercera ocasión sin mucho éxito, Óscar desistió y se acercó nuevamente a Lucía. Ella seguía clavada en el mismo punto frente al cristal sin dejar de llorar. Quiso mostrarle su apoyo y trató de abrazarla. Sin embargo, ella apenas se inmutó. «Debe estar muy afectada, será mejor que la deje por el momento», pensó él y, tras apartarse, salió de la habitación.

Después de deambular por los pasillos del recinto durante media hora, Óscar por fin había logrado averiguar qué era lo que menos le gustaba de los tanatorios: odiaba buscar comida. Los velatorios solían extenderse horas, no recordaba ninguno que hubiese sido corto. Casi siempre empezaban por la tarde y uno aguantaba por educación hasta que llegaba la noche y tenía una excusa para regresar a su hogar. Sin embargo, esta vez parecía que no tenía esa opción. No podía irse sin Lucía. La cafetería estaba cerrada, ya lo había comprobado, y tampoco podía acercarse a cualquier bar o restaurante sin avisar a su mujer. ¿Y si ella volvía y no lo encontraba? En su lugar, encontró en una de las plantas del edificio una máquina expendedora. Intentó comprar un sándwich de atún, pero por algún extraño motivo, la máquina no parecía responder cuando pulsaba las teclas. «Cada vez hacen estos dichosos trastos peor». Tampoco le devolvió la moneda que había introducido. Trató de empujar el armazón de metal levemente para no llamar la atención de aquellos que se encontraban en el pasillo. Intentó nuevamente pulsar las teclas, pero seguía sin accionarse el mecanismo. Desesperado, volvió a empujar, esta vez más fuerte. El silencio sepulcral del pasillo fue sustituido por el sórdido estruendo de los empujones fútiles. Frustrado, golpeó el cristal con la palma de la mano. Podía ver perfectamente el sándwich. Al igual que ocurrió con el féretro minutos antes, un cristal impedía que se acercara. Esa extraña analogía le recordó que no se encontraba solo. Giró la

cabeza y comprobó que el resto de los visitantes lo observaban con gesto furibundo. Decidió calmarse.

—Debería tener más cuidado —dijo una voz a su espalda de pronto. Óscar, sorprendido, se giró. Ante él se encontraba el hombre alto vestido de negro.

—¿Cómo dice? —preguntó confundido.

—No es de buen recibo hacer tanto ruido en este tipo de lugares. Para los familiares son templos sagrados. Los que vienen aquí buscan ofrecer descanso al alma de sus seres queridos. Podrían sentirse ofendidos —respondió el hombre de negro.

Ahora que lo podía observar de cerca, Óscar comprobó que era mucho más alto de lo que en un principio había creído. Se trataba de un hombre de avanzada edad, pero su postura era alta y regia. Óscar tenía que levantar la vista si quería mirarlo a los ojos.

—Permita que le ayude —dijo el hombre, que con un leve gesto de la mano apartó a Óscar de la máquina y pulsó el botón.

Óscar comprobó con cierto terror que la mano del hombre estaba pálida como el papel y sus dedos eran huesudos como las ramas de un árbol. Sin embargo, cuando se giró, tenía en sus manos el sándwich. Óscar no comprendía qué había ocurrido, él lo había intentado varias veces y no lo había conseguido. Le dio las gracias y le preguntó al hombre si era familiar del difunto que se encontraba en la sala que habían visitado.

—No, en absoluto —respondió el hombre—. ¿Por qué lo pregunta?

—Solo era por curiosidad. Me pareció verle cerca de la puerta hace un momento. Si no es familiar, ¿entonces es un amigo?

—Para nada, estoy aquí por negocios.

—¿Por negocios? ¿Qué clase de negocio?

—Un negocio de muerte —respondió el hombre con una sonrisa macabra y se alejó lentamente por el pasillo, dejando a Óscar solo. «Qué señor más raro», pensó, y volvió a la habitación.

Era insoportable. Parecía no tener fin. Óscar no toleraba estar ni un minuto más dentro de la sala. Lo intentaba, pero los llantos plañideros eran superiores a lo que estaba dispuesto a aguantar. Cada vez le resultaba más agobiante permanecer sentado mientras contemplaba a todas las personas llegar y llorar. Sentía que le faltaba el aire. No entendía qué hacía él ahí; nadie se acercaba a hablar con él. Todo el mundo parecía estar ocupado hablando con otras personas. Desde que llegó nadie le había prestado atención. «Salvo aquel señor», recordó sin entusiasmo. Abandonó la habitación y caminó hasta llegar a una terraza interior del edificio. Allí encontró al señor sentado en un banco de madera. El hombre lo miraba fijamente. Parecía que lo estaba esperando. Levantó la mano y le hizo un gesto para que se acercara. Sin tener mucho más que hacer, Óscar se sentó en el banco junto al señor.

—¿Y bien? No parece gustarle mucho los velatorios, ¿me equivoco? —El hombre lo inspeccionó con la mirada. Óscar sintió una sensación desagradable. Los ojos de aquel hombre eran negros y vacíos como la oscuridad de un pozo sin fondo.

—No mucho, si le soy sincero, no sé muy bien qué hago aquí —respondió. De pronto, Óscar recordó su última conversación—. Antes dijo que estaba aquí por negocios, pero no aclaró mucho más. ¿Le debía dinero el difunto?

—Oh, no —se rio el señor—. Al revés, estoy aquí para ofrecerle mis servicios, de hecho.

—¿Cómo? Pero si está muerto, ¿cómo puede ofrecerle servicios ahora? ¿A qué se dedica? —preguntó.

El hombre le entregó una tarjeta y Óscar leyó su contenido intrigado. En el dorso rezaba el siguiente lema: «AUTOLUTOS S.L., OFÍCIELO USTED MISMO». En el reverso no incluía ningún nombre o dirección de referencia. Óscar le devolvió la tarjeta sin comprender su significado.

—Sigo sin entender muy bien —admitió.

—Somos una empresa que ofrece servicios para que el muerto se gestione su propio entierro.

—¿Cómo? —preguntó Óscar alarmado—. ¿Está usted intentando gastarme una broma?

—En absoluto. Verá, lo único que una persona no puede controlar realmente en su vida es su entierro. Si le preguntara a un grupo de muertos si su funeral fue como ellos hubieran deseado, comprobaría con asombro cómo muchos de ellos le responderían: «Bueno, lo cierto es que no, pero qué se le va a hacer, ya estamos muertos». Muchos creen que lo único que no tiene solución en esta vida es la muerte, pero la realidad es que lo único que no tiene solución es lo que viene después de la muerte... hasta ahora —el hombre volvió a sonreír de manera tétrica—. En *Autolutos* ofrecemos distintos servicios para que el muerto se asegure de tener el entierro que desea. Él mismo organiza su funeral. Puede optar por la opción «elige tu propio ataúd» donde se incluye la corona de flores que desee. O, por el contrario, puede elegir el paquete completo, que incluye además conducir él mismo el coche fúnebre y officiar la ceremonia. Que sea él quien dé su propio sermón.

—¿Cómo es posible? —preguntó Óscar asombrado.

—Muy sencillo —continuó el señor vestido de negro—. Nosotros le ofrecemos convenios con distintas iglesias para que decida la que más le convenga. Así mismo, le facilitamos el coche de la funeraria y ponemos a su disposición un catálogo de

coronas de flores y ataúdes. En ocasiones, incluso les ofrecemos modelos de misas y panegíricos por si no tienen muy claro lo que desean decir.

—¿Pero cómo va a ofrecerle eso a un muerto? Ya está muerto, no es como si se fuese a levantar de repente y cambiar de opinión.

—Le sorprendería. Muchos de los que afirman querer ser incinerados y que sus cenizas se guarden o se esparzan simbólicamente, cambian de opinión una vez muertos. Afirman que, ya que es su despedida, desean tener una buena ceremonia con entierro, lápida, nicho, un cura y todo el mundo reunido. Hasta ahora era algo que no se podía solucionar.

—¿Cómo se le ocurrió esta locura? —preguntó Óscar desconfiado.

—Llevo dedicándome al negocio de los muertos muchos años, muchísimos. ¿Pero sabe lo que pasa? Cada vez hay menos trabajo; la gente ya no muere.

—¿Cómo que no muere?

—Piénselo, antes cualquiera moría. Había miles de causas: las guerras, la peste, linchamientos, ahorcamientos, la esclavitud, la tuberculosis, los partos, las hambrunas, hasta el invierno, ¡la gente podía morir por contraer un resfriado! —dijo el señor con emoción.

—Pero eso es horrible. Parece como si usted añorara que volviera esa época.

—Eran buenos tiempos. Muy buenos —respondió con melancolía—. Pero hoy la gente se resiste a morir. La medicina moderna ha inventado los medicamentos, las vacunas, y todo el mundo vive por encima de los ochenta años. Cada vez hay menos guerras y más derechos humanos. Así es imposible. Antes se me acumulaba el trabajo y no tenía ni un respiro, pero llegó un punto en el que se acabó y comencé a pasear por los tanatorios sin mucho que hacer. Por eso decidí reinventar el oficio y abandonar las tradiciones. Había que adaptarlo a las nuevas tendencias. Si no podía obtener

ingresos por cantidad, que fuera al menos por ofrecer calidad. Menos muertes, pero con un mayor costo. Ahora el trabajo es más sencillo y los clientes están más satisfechos. Ellos ganan y, lo más importante, nosotros también.

—¿Pero para qué le iban a pagar los muertos? Si ya están muertos, no les importaría no pagar.

Para ese entonces, Óscar estaba convencido de que el hombre de negro debía estar clínicamente loco. No paraba de decir incoherencias disparatadas. Había entrado en el velatorio, pero no conocía a nadie. Su apariencia era bastante extraña. Cuanto más se fijaba en él, más se percataba de su aspecto deplorable. Los finos dedos casi parecía que realmente fueran huesos. Cuando sonreía, enseñaba su dentadura incompleta y podrida. Y tenía las cuencas de los ojos muy pronunciadas. El hombre estaba famélico. Óscar sospechó que debía haberse escapado de un sanatorio mental, pero no podía pedir ayuda a nadie en esos momentos, así que decidió seguirle el juego.

—Siempre hay una manera de pagar —continuó el hombre—. Al fin y al cabo, si no se paga, no se cruza al otro lado. ¿Sabe quiénes tenían eso muy presente? —preguntó el hombre—. Los griegos. Los griegos siempre enterraban a sus muertos con dos monedas en los ojos y una en la lengua. ¿Para qué? Pues para pagar al barquero Caronte. Tenían muy claro que un buen servicio exigía un pago generoso. Por supuesto, los egipcios se les adelantaron. Y los vikingos también tenían sus propias costumbres. Pero ambas culturas eran muchos más egoístas; se enterraban o incineraban con sus pertenencias para disfrutar de ellas en el otro lado. Los griegos, en cambio, lo único que deseaban era cruzar la laguna Estigia y no perderse en el mar de almas. Qué buenos muertos eran los griegos, ¡ojalá todos fuesen como ellos!

—Mire, creo que es mejor que me vaya. Me deben estar esperando dentro...

—¿Cree que esto que le comento no va con usted? ¿Acaso cree que las leyes de la muerte no se le aplican? He conocido a muchos como usted en muerte.

—En vida, querrá decir —corrigió Óscar.

—No, en muerte —afirmó el señor.

—Mire, esto no es serio.

—¿Insinúa que es la muerte algo serio? La muerte no es seria. Nos llega a todos por igual sin importar el camino. Uno siempre piensa en su propia muerte, se imagina cuándo le llegará, si estará acompañado de las personas a las que ama, si habrá vivido una vida plena y feliz. Pero lo que nunca piensa es que su muerte pueda llegar a ser absurda. Mire ese pobre de ahí, el de la sala —señaló el señor de negro—. Murió de asfixia mientras se atragantaba bebiendo cerveza en un bar. Al parecer le contaron un chiste y no logró contener la risa. Los amigos intentaron darle golpes en la espalda, pero él no paraba de reírse y se ponía cada vez más y más morado. Murió con una sonrisa. ¿Cree que esa muerte es seria? ¿Que es digna? La muerte simplemente llega.

Óscar sintió cómo un escalofrío recorría toda su espalda. De repente, se sentía muy incómodo. Ya no quería continuar con esa conversación. Se levantó y comenzó a andar. Sin embargo, se detuvo y volvió a mirar al señor con atención. No se había percatado al principio, pero tenía unos pómulos muy marcados. La piel fina y blanquecina lo dotaban de un cariz mortuorio. Se le marcaban absolutamente todos los huesos de la cara, sin excepción. Óscar podía contemplar sin esfuerzo la barbilla, la frente, el tabique de la nariz...; era como si pudiese ver el cráneo en su totalidad.

—Disculpe, ¿cómo ha dicho que se llamaba? —le preguntó.

—No se lo he dicho. Tampoco es que pudiese hacerlo, no tengo nombre.

—¿Cómo no va a tener nombre? Algún nombre debe de tener.

—Bueno sí —admitió el hombre—. De hecho, he tenido innumerables nombres. Ya sabe cómo es el negocio. Depende de la época y el lugar, los clientes te llaman de una manera u otra. Al final te acostumbras. Lo importante es el trabajo, señor Martínez.

—Espere, ¿cómo sabe mi apellido? —preguntó Óscar enfurecido mientras volvía a acercarse—. Esto ya no me hace ninguna gracia.

—Como comprenderá, lo sé todo sobre nuestros potenciales clientes —dijo el hombre de manera pausada.

—¿Cómo dice? Mire, llevo hablando con usted toda la noche. Estoy cansado de su charlatanería. Usted lo que está es loco y no pienso seguirle más el juego. No se acerque más ni a mi pareja, ni a mí —dijo dándose la vuelta nuevamente.

—Es una pena. Ya me advirtió su padre, Isaac, que era usted de gran temperamento y poca paciencia. Hasta el último momento recordó esa cualidad de usted, Óscar. Decía: «cuando veas a mi hijo, ten paciencia, es un chico caluroso y odia estas cosas, pero no es mala persona. Sé amable con él». Le recomiendo que reconsidere su postura antes de terminar esta conversación, al menos hágalo por su padre.

Óscar se detuvo de repente.

—Mi padre murió hace muchos años —respondió—. ¿Acaso lo conoció usted cuando aún vivía?

—No, lo conocí cuando murió. Veo que no lo termina de comprender.

—Mire, de verdad, estoy harto de sus comentarios críticos y de humor negro barato. Quiero que me diga cómo sabe mi apellido, mi nombre y el de mi padre. Dígame de una vez cómo sabe quién soy —exigió Óscar.

El señor ni siquiera contestó. Únicamente levantó la mano y señaló con un dedo hacia la habitación que ambos habían abandonado; la sala donde se encontraba el muerto.

—Basta con leer la placa —dijo el señor de negro a su espalda.

En ese momento, las piezas del rompecabezas encajaron. Todo comenzó a dar vueltas. Óscar sintió un profundo mareo y ganas de vomitar. No podía ser. Se alejó del hombre sin decir nada y corrió a la sala. Intentó apartar a la gente, pero nadie le prestaba atención. Nadie se percataba de su presencia. Agarró a un señor para preguntarle quién era el difunto, pero no conseguía pararlo, ni siquiera lograba ver su rostro. No lograba ver el rostro de nadie. Eran caras difusas que se perdían entre las tenues luces de la habitación. La única persona que lograba ver con claridad era Lucía, que no se había movido de su sitio. Seguía llorando y mirando el féretro sin descanso. Solo en ese momento, Óscar prestó atención y se percató de que todas las caras difusas se acercaban en algún momento u otro a decirle algo a su mujer. No podía ser cierto. No podía. Llegó hasta el cristal para comprobarlo y entonces sus peores temores fueron confirmados. En la placa de bronce se leía con claridad un solo nombre, el suyo: Óscar Martínez de la Hoz. Él era el muerto.

—Mientras bebía cerveza, ¿no había otra manera? ¿Tenía que ser así? —preguntó resignado Óscar mientras volvía a sentarse en el banco de madera.

—Yo no decido la manera, por mucho que algunos así lo crean. Es muy fácil pensar que es otro el que decide nuestro destino. Pero lo cierto es que todo lo que ocurre es puro fruto del ser humano, con sus inesperadas e inexplicables consecuencias.

—Espero que el chiste al menos mereciera la pena.

—Oh, sí la merecía, créame. Yo me reí bastante cuando lo escuché —afirmó el señor. Ahora que Óscar sabía de quién se trataba, veía su aspecto claramente. Sus

ojos vacíos, su rostro cadavérico, sus falanges y nudillos al aire. De pronto, todo había cobrado realidad.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Me temo que debe tomar una decisión. Debe determinar si desea respetar la memoria que los vivos tienen de usted. Dejar que lo recuerden a su manera y lo lloren hasta que sean capaces de continuar con sus vidas y superarlo. O si desea, puede conseguir el consuelo eterno tanto para usted como para ellos al despedirse por última vez. Pero debe decidir rápido. Como entenderá, tengo más clientes a los que debo atender.

Óscar hundió la cabeza entre sus manos y mantuvo una expresión meditabunda durante largo rato.

—¿Sabe ya lo que hará?

—Sí —respondió Óscar decidido—. Lo sé.

Y con gesto resuelto, se levantó del banco y entró por última vez en la sala de su velatorio.